

MP_MANFRE_ YO. VOS.

Metí la cabeza debajo de la almohada.

No quería ver. Solo sentir...

Sentir que mi piel,

caliente como las arenas doradas de un desierto interminable,

que rogaba desesperada por un instante de clemencia,

se encontraba con vos.

Vos, que como una mañana radiante de primavera

deja sobre mi sequedad mil gotas de rocío.

Yo, la fiera jadeante, sedienta,

que oteaba y olía el horizonte con desesperación,

buscando el agua de vida que me permitiese mantener mi ruta.

Vos. El arroyo vivo y rutilante

que me invita a sumergirme en su torrente.

Mi lengua y mis labios te devoran,

te tragan sin control

para que la vida entre en mí a borbotones.

Yo, la peña perdida en la orilla de un mar que olvidó su nombre.

Rígida. Erguida. Solitaria y dura.

Vos. La ola que me atropella sin pedir permiso,

que me envuelve en su espuma blanca,

blanca como el hábito de una virgen

cuando la viste la luna llena

y brilla, cuando la ilumina el sol del crepúsculo,

como un millón de chispas de un fuego que me consume.

Y dejo de ser roca.

Me vuelvo arena.

Ya no me embates.

Como ola suave en mi orilla, me arrullas.

Me cantas. Me lames.

Yo la cima inalcanzable.

Cubierta de nieves que jamás han sido holladas,

que buscaba con desesperanza al hombre que pusiese su pie en ella.

Que dejase su huella.

Vos. El valiente escalador que coronó mi cima.

El que enterró su bandera y dijo triunfante “ahora sos mía”.

Yo la brizna, el árbol, la nube.

Vos, la brisa, el viento, el huracán.

Me elevas, me acaricias, me arrasas.

Nunca saldré de aquí, me dije

y extendí la mano hacia tú lado vacío de la cama.